

La experiencia de traducir

Hombre de maíz

Gerald Martin

Preparativos

Descubrí la novelística de Miguel Ángel Asturias (1899-1974) en 1964 cuando leí *El Señor Presidente* (1946) en una biblioteca inglesa y me deslumbró. A la edad de los veinte años me di cuenta de que la literatura podía ser otra cosa —el mundo, otros mundos y, en mi caso, el Nuevo Mundo (a donde fui un año después). Tras haber leído *El Señor Presidente* investigué la trayectoria de Asturias y descubrí que había escrito otras novelas. Una de ellas se titulaba *Hombres de maíz* (1949). En el momento mismo en que leí ese título me di cuenta de que era mi libro. Yo era un joven inglés, romántico al estilo de Hemingway (de ahí mis aficiones a España y los viajes) y con una dosis de Conrad y Greene, todo fusionado con el espíritu de los Rolling Stones y los Beatles, para nosotros la revelación cultural de aquella época. Conocía bien la Península Ibérica pero aún no había viajado a América Latina; algo sabía de Guatemala y pensé que el libro sería un anticipo literario de un viaje a la selva centroamericana y a sus Andes verdes, una especie de *Road to Xanadu* (no andaba del todo equivocado)¹. También intuí, habiendo leído *El Señor Presidente* y sabiendo que Asturias era un escritor a la vez marxista y mágicorrealista, que la experiencia de leerlo sería a la vez apasionada y esotérica. El libro me cambiaría para siempre, exactamente como, en la novela, la experiencia de seguir los pasos del misterioso correo-coyote Nicho Aquino «cambió de carácter» al arriero socarrón (émulo de Sansón Carrasco) Hilario Sacayón (final del capítulo XVII).

Como estudiante de la literatura hispánica y francesa (futuro bachiller...), tenía muy poco tiempo para lecturas adicionales. Hojeé muy

¹ *El libro de John Livingston Lowes: The Road to Xanadu: A Study in the Ways of the Imagination (1927) sobre The Rime of the Ancient Mariner y Kubla Khan de Coleridge puede representar, para mí, el prototipo de la exploración literaria. (En este caso se trataría más bien de The Road to Xibalbá...).* Sin embargo, no lo había leído antes de escribir mi libro sobre la novela latinoamericana, *Journeys through the Labyrinth [«Viajes por el laberinto»]: Latin American Fiction in the Twentieth Century (Londres, 1989).*

rápidamente la novela desconocida en la biblioteca universitaria donde tanto me había aburrido en años anteriores. El libro me pareció muy denso, muy difícil pero prometedor como una cadena de montañas vislumbrada de lejos. Años más tarde, después de la muerte de Asturias, el gran poeta Aimé Césaire expresó en palabras inmortales exactamente lo que yo había intuído en aquella primera lectura en el último verso de un poema dedicado a Asturias (*Quand Miguel Ángel Asturias disparut*):

Miguel Angel rejetant sa peau d'eau bleue
revêtit sa peau de volcan
et s'installa montagne toujours verte
à l'horizon de tous les hommes.

Viajes de reconocimiento

Habiendo leído a Joyce (en el sótano de la biblioteca y con un permiso especial), y habiendo percibido en seguida, si bien nebulosamente, el aspecto polisémico y poliestructural de *Hombres de maíz*, resolví, allí mismo, escoger a Asturias como el tema de mi proyectada tesis doctoral. Pero en vez de viajar a Guatemala, pasé un año en Bolivia; allí compré *Mulata de tal* y *Viento fuerte* y viajé a Buenos Aires donde compré el resto de sus novelas (Losada era su editorial de casi toda la vida).

Volví al Reino Unido, esta vez a Edimburgo. Y allí, en el frío casi insoportable del invierno escocés, empecé a profundizar en la lectura de *Hombres de maíz*. Tuve el inestimable privilegio de conocer a Miguel Ángel Asturias y a su esposa argentina durante dos visitas que hicieron a Londres en mayo y septiembre de 1967, aunque, francamente, el viejo Asturias casi nunca dijo cosas útiles sobre su obra en general y menos sobre *Hombres de maíz*, tan misteriosa para él, se me hacía, como para el resto de los mortales. Pero fue un estímulo humano vital, inolvidable y definitivo. Para mí, entonces y siempre, la literatura era una vivencia: la obra; el lenguaje como experiencia material; el ser humano que lo moduló y escribió; su mundo y su vida; y vuelta a la obra.

Yo era muy joven. Eran los sesenta. Pasé casi un año en México, con dos meses en Guatemala al final. Qué maravilla. Qué turbulencia. Boom (*La muerte de Artemio Cruz*, *Rayuela*, *La Casa Verde*, *Cien*

años de soledad), pre-Boom (*Hombres de maíz*, *Los pasos perdidos*, *Pedro Páramo* y *Ficciones*) y post-Boom («Onda», Sarduy, etc.); y mucha política (París, Checoslovaquia y Tlatelolco, México; la guerrilla latinoamericana, boinas verdes en Guatemala...).

Recopilé muchos materiales en Guatemala que no tuve el tiempo de utilizar. Puse fin a la tesis doctoral en 1970 y busqué trabajo. Ese año visité a Miguel Ángel Asturias en París y le pedí su apoyo para emprender la traducción de una novela que aún no comprendía bien pero que—creía fervorosamente—valía la pena estudiar. Era el libro de la vida; y resultó el libro de mi vida. Como dice el narrador al comienzo de *Maladrón* (1969): «La cordillera de los Andes Verdes, hay para envejecer sin recorrerla toda...»

Para mi gran sorpresa, Asturias estuvo de acuerdo. La editorial norteamericana, Seymour Lawrence, de Boston, me pidió una muestra y le envié dos: una traducción del episodio de la muerte del *chucho* y otra de la muerte de la esposa del correo Nicho Aquino. Fueron aprobadas y me enviaron un contrato. Fui a Estados Unidos, habiendo ganado una beca de investigador visitante en la Universidad de Stanford, con el requisito —bastante improbable, eran otros tiempos— de tener que viajar durante tres meses. (Con la obra de Asturias se anda lejos). Así que, entre septiembre de 1971 y mayo de 1972, hice la traducción². La experiencia es inseparable en mi recuerdo del aire transparente de California, alumbrado por un sol permanente aunque menos radiante sin duda que el de Guatemala. La biblioteca de la universidad era muy superior a las de la generalidad de las universidades británicas y, sobre todo, disponía de un ejemplar del *Diccionario de Guatemaltequismos* (1941-2) de Lisandro Sandoval, referente imprescindible (si bien racista y latinizante).

Cuando estaba a mitad de camino, recibí una carta de un profesor universitario que no conocía, el italiano Amos Segala, del CNRS de la Universidad de París, secretario general de la recientemente formada Asociación de Amigos de Miguel Ángel Asturias. El escritor había donado sus archivos a la Biblioteca Nacional de Francia en París y la Asociación iba a emprender la preparación y publicación de sus *Obras completas*. El profesor escribía a los asturianistas más conocidos para invitarnos a enviar propuestas para editar las principales obras del autor guatemalteco. Yo contesté, «Quiero editar *Hombres de maíz*». Se-

² *Men of Maize*. New York, Delacorte Press, 1975.

gala me dijo, aunque con otras palabras, «Imposible, ese libro requiere el esfuerzo de un estudioso de larga experiencia y brillante trayectoria. Usted es muy joven y no es nadie.» Yo sabía que Segala tenía razón. Sin embargo, Asturias (empujado quizás por su esposa) me dio su apoyo y aprobación³.

La expedición oficial (*The Road to Xibalbá*)

Aquí llegamos al tema. Yo era el editor prospectivo de una ambiciosa edición crítica de *Hombres de maíz*, antes de completar la traducción (que logré terminar en el parque nacional de Yosemite, al iniciar el regreso a la Gran Bretaña en 1972)⁴. Esta conjunción quizás única y de todos modos rara y privilegiada, fue especialmente afortunada porque *Hombres de maíz* es un libro tan denso, tan visionario, tan extraordinariamente complejo, que para hacer una traducción a otra lengua es necesario emprender primero una edición crítica; y para hacer una edición crítica es necesario hacer primero una traducción. Porque —de esto sólo me di cuenta después— no hay mejor manera de llegar a conocer una obra literaria que traducirla, o sea, recorrerla palabra por palabra y redefinirla para deleite de los lectores de ultramar que quieren viajar a otra cultura desde la comodidad de sus sillones; también es difícil conocerla a fondo sin hacer una edición crítica (que es una traducción diferente —una especie de paráfrasis dentro de la misma lengua que implica emprender la ardua tarea cartográfica de explorar y describir cada centímetro cuadrado de su superficie). Si no se hace así —y la verdad es que la vida sólo da tiempo para muy contados viajes de este tipo— lo que hacemos es imaginar la totalidad del terreno a base de una cantidad muy limitada de caminos y perspectivas. Como objetivo es, desde luego, una ambición totalizante y absurda digna de Borges (pien-

³ Ver mis tres ediciones críticas de *Hombres de maíz*: en español (París y México, Klincksieck y Fondo de Cultura Económica, 1981; Ediciones Archivos, París y Madrid, 1992), y en inglés (Men of Maize, University of Pittsburgh Press, 1993).

⁴ Envié el manuscrito a Nueva York, por correo, desde Helena, Montana, en mayo de 1972. Dos meses después visité la editorial en un rascacielos neoyorkino para recoger el cheque. Treinta y dos años después escribí la primera versión del presente ensayo en el transcurso de un vuelo de Londres a Pittsburgh. En un par de horas lo estaré enviando a España. Los lectores recordarán que en los primeros capítulos de *Hombres de maíz* los personajes mayas envían sus mensajes por medio de las estrellas, las cuales de alguna manera dialogan con sus glifos, con sus palabras, que son «semillas»; en la sexta parte todos los personajes han sido reducidos a utilizar un correo, también indígena, («ex-maya», quizás), la pobre «bestia descalza», Nicho Aquino.